

RELATO “LAS RAÍCES DEL PILPIL” DEL LIBRO CONJUNTO DE RELATOS DE ABANDO, DE ANTEIGLESIA A DISTRITO 6:

Salió de casa en dirección al telégrafo. Era noviembre de 1835 y el invierno glacial le hizo abrigarse con la gabardina de los domingos que había heredado de su padre. Se puso la boina y miró al cielo gris que cubría El Gran Bilbao al que había acudido a hacer fortuna desde su natal Dima. Su mujer se había quedado en casa cuidando de los hijos con la ayuda de su madre. Su suegro trabajaba en los astilleros y aquello era algo que lo quemaba por dentro y le hacía lanzar las llamas de su frustración hacia él dejándole carbonizado ante todos en las comidas familiares. Su suegro nunca había apoyado el matrimonio entre él y su hija. Decía que su hija se merecía algo más que un comerciante soñador y desdichado. Sus padres se habían quedado en Dima con la granja pero José María Gurtubay quiso emigrar a la ciudad para crear su propio futuro, para dejar el pueblo que le tenía ahogado, porque no aguantaba más el trabajo duro del campo y los animales y porque quería hacerse rico con los negocios.

Llegó al telégrafo, le dio los buenos días al hombre de la entrada y dictó el mensaje para sus proveedores ingleses: *Envíenme primer barco que toque puerto de Bilbao 100 o 120 bacaladas primera superior*. Pagó por los servicios y se fue a visitar clientes para adelantar trabajo. Caminando por lo que se llamaba en aquel entonces la Avenida de los Aliados (actual Gran Vía). Recordó las últimas palabras burlonas de su suegro: «Podrías dedicarte a limpiar botas, tal vez ganarías más que con tus tristes negocios» Se ajustó la boina, se subió los cuellos de su gabardina y continuó el camino. Ya no aguantaba más al padre de su mujer, deseaba perderle de vista, pero todavía vivían en la misma casa. Él quería hacer historia, ser alguien en la vida, demostrar a sus padres y a sus suegros que era un hombre de provecho, capaz de triunfar y tener éxito.

Una semana después esperaba ansioso su cargamento de bacalaos de primera para ir creando riqueza. Tendría que pagar la mercancía a 30 días y esperaba venderlo todo en ese tiempo porque no tenía dinero suficiente para pagarlo al contado. Se había arriesgado en una operación que no entrañaba ningún peligro para él y que tenía las ganancias aseguradas. Llegó el buque y el

capitán se puso en contacto con José María. «Te debe de gustar mucho el bacalao, porque tienes bacaladas para el país entero» le dijo. Gurtubay esbozó una leve sonrisa e hizo caso omiso. Cuando le enseñaron el armazón en el que se ubicaban las bacaladas se quedó atónito. Se acercó lentamente y cuando abrió la compuerta se le cayó la pipa al suelo. Aquello no eran 120 bacaladas, sino muchas más. Debía de haber un error porque en aquel container yacían diez veces más de la cantidad que él había pedido. Los miles de cuerpos sin vida le rodeaban como si hubiese sido el único sobreviviente en un campo de batalla. Un escalofrío le erizó el pelo. No podía ser cierto, alguien más debía de haber hecho un pedido y habrían compartido la cámara. Subió a las oficinas y pidió explicaciones. Le contestaron que todo estaba en orden, en la hoja de embarque indicaba 1000120 bacaladas y su nombre José María Gurtubay en grande como cliente receptor del envío. Su rostro adquirió un color más pálido que el de la pared del local. Tenía que solucionar aquel problema, pese a que su nerviosismo se lo impedía. Fue al telégrafo y mandó un telegrama sus proveedores con apunte de máxima prioridad para resolver. Cuando llegó a casa no dijo nada. Tenían sopa de pescado para cenar. Su suegro le dio una palmada en la espalda. «Parece que has visto un fantasma ¿Qué pasa que tanto dar paseos por ahí te ha quitado el hambre? Deberías de venir a los astilleros para ver lo que es trabajar de verdad. Nosotros no os vamos a mantener para siempre, más vale que te busques un trabajo de verdad y le empieces a dar una vida mejor a mi hija». Gurtubay tragó saliva y no dijo nada.

Una semana después las 1000120 bacaladas primera superior seguían en el almacén que tenía alquilado. Tras arduas y aparatosas discusiones entre los abogados de ambas partes, el error se lo atribuyeron a él por haberse equivocado en el telegrama y haber indicado 1000120 piezas en vez de 100 o 120. Se echó las manos a la cabeza y se frotó con fuerza las sienes. Cuando llegó a casa se lo dijo a su mujer y se desmayó. Decidieron no contárselo a su padre. José María continuaba sumergido en una neblina de miedos que le estaban ahogando, entonces fue su mujer la que se levantó y le zarandó «Venga no tenemos tiempo que perder, ahora mismo te vas a ir en tren a recorrer España para intentar vender el bacalao del demonio» le dijo mientras sacó la misma maleta con la que había venido desde Dima.

Estuvo en Galicia, Navarra, Madrid... pero no consiguió vender gran cantidad de bacaladas. Su mujer le miró con cara de resignación cuando entró por la puerta. Su padre había llegado con olor a vino de tasca. «Me he enterado de que tienes un millón de bacalaos en tu almacén ¿no pensabas decirme nada» dijo su suegro. José María bajó la cabeza dispuesto a aguantar cualquier reproche que le dijera porque ya no tenía fuerzas ni para contradecirle. «Ya te dije que te metieras en el astillero conmigo ¿acaso crees que alguien como tú se puede hacer rico vendiendo bacalaos? Lo único que vas a conseguir es hundir aún más a esta familia, pero te aseguro que yo no voy a pagar ni un Real si te llevan a la cárcel» continuó diciendo con una mirada de desprecio.

Los días siguieron pasando y las bacaladas seguían en su almacén esperando ser llevadas a la cazuela para terminar con su presidio. Gurtubay cansado de viajar e intentar venderlas por los cuatro costados, se agarró al pilar de la nave y suplicó a Dios que le ayudase. En ese momento escuchó un estruendo que le hizo temblar el cuerpo entero. Había comenzado El Sitio de Bilbao en el que los Carlistas pretendían conquistar la villa por segunda vez. José María se echó las manos a la cabeza y pensó que ya no podía ocurrir nada peor.

La ciudad llevaba un mes aislada por tierra y por mar. El ejército carlista seguía en sus posiciones combatiendo por Bilbao. Fue entonces cuando los bacalaos se empezaron a vender a precio de oro. No había casi alimento en la ciudad por lo que el número de piezas comenzó a disminuir a una velocidad asombrosa. La creatividad culinaria de Bilbao se vio desafiada ante la escasez de materia prima. Todos los restaurantes comenzaron a exponer platos innovadores con el bacalao como ingrediente principal. Surgieron cientos de recetas nuevas. Gurtubay amasó fortuna, pero su suegro murió durante la guerra de una neumonía, tal vez por no ser testigo del enriquecimiento de su yerno que consiguió cambiar su destino y el de La Villa de Bilbao.